

## SEGUNDA PARTE

### VIRTUDES Y ESPÍRITU

## CAPÍTULO I

---

---

Retrato y carácter del Padre Champagnat.  
Qué pensaba de la tristeza y de la santa alegría.  
Su interés por moldear el carácter de los Hermanos

El Padre Champagnat<sup>1</sup> era alto, erguido y majestuoso; tenía ancha la frente, los rasgos del rostro bien definidos, la tez morena. Su aspecto grave, modesto y reposado infundía respeto, y hasta, a primera vista, temor<sup>2</sup>. Pero estos sentimientos se trocaban en confianza y afecto en cuanto se le trataba un poco, pues bajo esta capa un tanto adusta y en apariencia severa, se ocultaba la persona más jovial.

Tenía conciencia recta, juicio certero y profundo, corazón bondadoso y sensible, sentimientos nobles y elevados. Era de carácter alegre, abierto, sincero, firme, entusiasta, ardiente, tenaz y siempre ecuánime.

Tan preciosos dones y cualidades, perfeccionadas por la gracia y realizadas por una profunda humildad y exquisita caridad, lo hacían amable en sumo grado a los Hermanos y a cuantos lo trataban. Dios, que lo destinaba a formar educadores de la juventud, lo había dotado del carácter más idóneo para la enseñanza. Así, los Hermanos, en esto, como en todo lo demás, pudieron seguir su ejemplo y hallaron en él un modelo de las virtudes y cualidades necesarias a un maestro, par realizar el bien entre los niños.

Buena parte del éxito que consiguió el Padre Champagnat en el desempeño de su ministerio y en la fundación del Instituto hay que atribuirlo a su carácter alegre, abierto, sencillo, atento y conciliador. Sus modales sencillos y afables, la franqueza y el aspecto bondadoso que se dibujaban en su rostro, le cautivaban los corazones y predisponían a recibir sin dificultad, e incluso con alegría, sus observaciones, enseñanzas y reprensiones.

“Es tan bueno y sabe arreglárselas tan bien –decían los vecinos de Lavalla– que no hay más remedio que hacer lo que manda o aconseja.” Lo mismo decían los Hermanos.

Uno de éstos exclamaba al salir del despacho del Padre: “Si otro cualquiera me hubiese dado tal reprensión, no la hubiera aguantado, pero al mismo tiempo que me cantaba las verdades supo ingeniárselas de tal modo que no sólo no estoy enfadado contra él, sino que lo quiero más que antes.”

Al preguntarle<sup>3</sup> qué le había dicho el Padre, respondió: “Me guardaré de decíroslo; no quiero hacer confesión pública. Lo que sí puedo aseguraros es que sus palabras me han herido en carne viva, pero su modo de presentar las cosas ha suavizado totalmente la dureza de la corrección y me ha cautivado el corazón.”

Lo más admirable en el carácter del Padre Champagnat era que siempre se mantenía ecuánime. Las contrariedades, pruebas, trabajos y preocupaciones de la administración de tan numerosa comunidad, que con frecuencia carecía de muchas cosas; las enfermedades y dolencias... nada conseguía alterar la paz de su alma y la serenidad de su rostro. Nunca se quejaba, nunca lo vimos triste o desalentado; al contrario, disimulando sus propias penas y cansancio, trataba de levantar el ánimo de los Hermanos.

“Amigos –repetía a menudo–, recordemos que trabajamos por Dios, y que el premio que nos tiene preparado es eterno. Si creyéramos esto con fe viva, ¿cómo íbamos a dejarnos dominar por la tristeza? ¿Nos atreveríamos a quejarnos cuando tenemos que hacer algún sacrificio o cuando en nuestro empleo encontramos alguna dificultad? La gente del mundo trabaja más que nosotros y canta a veces todo el día porque ganan

unas cuantas monedas; y nosotros, que ganamos el cielo, ¿vamos a estar tristes y dejarnos dominar por el desaliento? ¡Dios nos libre de ánimo tan menguado, de tan poca virtud!”

En uno de los viajes que realizaba a pie, acompañado de un Hermano, al ver a éste triste y quejicoso, el Padre Champagnat, que conocía el carácter melancólico del Hermano, trataba por todos los medios de levantarle el ánimo y alegrarlo.

- ¿No le parece, Hermano -le decía-, que el camino se está haciendo muy largo?

- Pues sí, y ya tengo ganas de que acabe.

- Todo llegará, y entonces lamentará no haber soportado con paciencia el cansancio.

- No me importaría tanto el cansancio si pudiera beber un poco de agua; tengo una sed rabiosa.

- Si no fuera la sed, sería cualquier otra necesidad. En este mundo, el sufrimiento nos acompaña por doquier; quien lo acepta con resignación y no lo rehúye es quien menos sufre. ¿No se da cuenta de que multiplica sus penas y pierde el mérito de su cruz cuando cede al mal humor? Cantemos una canción a la Santísima Virgen, y nos ayudará a soportar la sed y demás incomodidades del camino.

E inmediatamente el buen Padre entonó el himno *Memento salutis auctor*, que cantó él solo hasta el final, repitiendo tres veces la segunda estrofa, *Maria, Mater gratiae*.

Poco después, al dar con una casa rica al borde del camino, entró y pidió un refresco para el Hermano. Él, aunque estaba muy cansado y sufría un fuerte dolor de costado, no quiso tomar nada, ni una gota de agua.

Al reanudar la marcha, dijo al hermano: “Ahora que ya está satisfecho y no tiene sed, ¿verdad que siente no haber tenido suficiente aguante para sobrellevar esta ligera molestia? Bueno, pues para la próxima vez sea un poco más valiente y no se deje llevar del mal humor, que, además de debilitar y destruir los buenos sentimientos, aumenta los sufrimientos y los hace insoportables. Usted, más que nadie debe precaverse contra la tristeza, pues por su carácter se halla naturalmente propenso a ella.”

\* \* \*

Según el Padre Champagnat, las personas tristes y melancólicas no sirven para la enseñanza. Quizá, por ello, este defecto fue el que más combatió. “La tristeza<sup>4</sup> -decía en cierta charla- produce cuatro graves males:

1.º *Mata la piedad*, pues oscurece el entendimiento y agosta los buenos sentimientos, priva de la confianza en Dios y mantiene al hombre en inquietud y sobresalto permanentes. Ninguna otra práctica resulta tan difícil a quien se deja dominar por la tristeza, como la oración: le resulta un martirio insoportable, o más bien un infierno indescriptible.

2.º *Es madre y nodriza de tentaciones*. Hay dos clases de hombres de los que el demonio hace lo que quiere: los perezosos y los que se dejan llevar de la tristeza y el desaliento. No preguntéis qué tentaciones experimentan, pues las tienen todas. Los religiosos de carácter taciturno, melancólico, que tratan de estar solos y ocultarse, casi siempre alimentan en su espíritu pensamientos perversos. Cada cual aprecia al que se le parece: como el demonio es el espíritu de las tinieblas, prefiere a los hombres de carácter sombrío y pesimista. Este enemigo de la salvación, que es sumamente desgraciado, se complace en los que están tristes, y, en cuanto los ve hundidos en este defecto, les llena la mente y los asedia con toda clase de tentaciones. Por eso dijo un gran santo que, de todas las tentaciones del demonio, la más temible es la tristeza. A quienes el demonio hace caer en pecado, los seduce por la tristeza y el desaliento. Si le quitan esas armas, no puede hacerles daño.

3.º *Siembra la discordia y destroza la caridad fraterna.* La tristeza engendra ira, impaciencia, resentimiento, mal humor. Hace al hombre sospechoso, susceptible, huraño, trastorna su espíritu, le hace perder la razón y lo vuelve insoportable a todos. Por eso, basta un Hermano dominado por este vicio para perturbar la unión de una comunidad y sembrar la discordia entre quienes tienen la desgracia de vivir con él.

4.º *Escandaliza al prójimo,* porque da motivo para pensar que quienes sirven a Dios son desgraciados y que la tristeza es inherente a la práctica de la virtud. Mirad, dicen los mundanos al ver a un religioso dominado por la tristeza, mirad cuánto sufre; en su cara se ve que no le gusta su vocación, que permanece en ella porque no tiene otro remedio y no sabe adónde ir.”

Un día le dijeron al Padre Champagnat que un Hermano joven estaba triste y que desde hacía tiempo apenas hablaba. Lo mandó llamar y le dijo:

- No le gusta su vocación, ¿verdad?
- Perdón, Padre, siempre me ha gustado.
- Entonces, ¿son los Hermanos los que no le gustan?
- No tengo nada contra los Hermanos, y no puedo quejarme de ninguno.
- ¿Quizá el empleo no es conforme a sus gustos?
- Mi empleo no tiene mayor dificultad y me gusta bastante.
- Entonces, ¿le desagrada la casa o el lugar?
- No, Padre, nada de eso me disgusta.
- ¿Por qué, pues, está triste y no habla?
- Pues no lo sé; ésa es la verdad. Estoy triste a pesar mío.

- Eso no es del todo cierto. Es verdad que usted es propenso a la tristeza, pero esa inclinación ha aumentado por su descuido en luchar contra ella. Al dejarse llevar de la tristeza, de la impresión de que todo le disgusta, y que todo en la vida religiosa le resulta insoportable. Y esto es tan cierto que, entre sus compañeros, unos me dicen que no aprecia su vocación, que no le gustan los Hermanos; otros que le desagrada la casa o su empleo. Ya ve que dejándose llevar de su mal humor, hace que sospechen de usted lo peor. De donde deduzco que, si no corrige ese defecto, no sirve para la vida religiosa, pues será motivo de escándalo para los Hermanos y para los niños, y hará desdichados a quienes estén a su alrededor.

Se leía en el comedor la vida de san Francisco de Asís. El buen Padre aprovechó la ocasión para dar a los Hermanos una sólida lección sobre la santa alegría. “Hermanos –les dijo–, el santo cuya vida estamos leyendo nos ofrece excepcionales ejemplos de virtud. Pero hay uno que hemos de destacar especialmente: el cuidado que ponía en huir de la tristeza y mantener la santa alegría. Los motivos que da para ello son:

1.º Que el demonio nada puede contra quienes viven en paz, confianza y alegría<sup>5</sup>.

2.º Que la alegría espiritual es el tormento de los espíritus de las tinieblas, pues envidian la vocación del religioso, los favores que recibe de Dios y los premios que le aguardan.

3.º Que es propio de los demonios estar tristes, mientras que los religiosos deben ser alegres, porque son hijos de Dios. San Francisco agregaba que la alegría y el gozo deben ser disposiciones habituales del alma religiosa. Ésta es la disposición que a todos os deseo, y nada debéis temer tanto como la tristeza y el mal humor; pues, después del pecado, no hay nada peor, nada más peligroso.”

Para mantener entre los Hermanos la alegría y el gozo moderado que trataba de inspirarles, el Padre Champagnat les permitía jugar durante los recreos<sup>6</sup>, y prefería verlos entretenidos en juegos ingenuos que verlos charlar o pasear. “El juego durante los recreos es lo mejor, especialmente para los Hermanos jóvenes”, decía. Él mismo jugaba a veces con los Hermanos; pero, en el juego, como en todo lo demás, era siempre noble, digno, comedido, aunque muy alegre y amable.

\* \* \*

Algunos Hermanos de una comunidad se quejaban amargamente de la ligereza de un Hermano joven. Decían que sólo pensaba en jugar y divertirse y que sus chiquilladas no estaban de acuerdo con la gravedad y modestia religiosas y perturbaban el orden de la casa.

- Vamos a ver -preguntó el Padre-. Ese Hermano, ¿es diligente, limpio y hace bien la cocina?

- No tengo quejas de cómo hace la cocina -respondió el Hermano Director.

- ¿Está usted satisfecho de cómo reza?

- No hace mal los ejercicios de piedad; tampoco las demás cosas. Sólo tengo que reprocharle su afición exagerada al juego, su ligereza y el alboroto que produce. Para que se dé cuenta de la gravedad de estos defectos, le bastará un botón de muestra. El otro día, después de haberse divertido un buen rato en el patio con la carretilla y haberla metido en la cocina y las aulas, terminó por subirla a la sala de comunidad.

El buen Padre, que conocía perfectamente a dicho Hermano joven y que le profesaba especial cariño por su candor y docilidad, respondió a sus acusadores: “¡Qué lástima que sólo la haya subido hasta la sala de trabajo! Si llega a subirla hasta el desván, le habría regalado una estampa. Prefiero que se divierta de ese modo a que permanezca ocioso y se aburra. No veo qué mal ha podido causar con su carretilla; también ustedes se divertían cuando eran jóvenes. Me parece que son ustedes los que tienen la culpa: en vez de jugar con él a ciertos juegos inocentes u ocuparse en actividades que le diviertan y le distraigan, lo dejan solo, mientras se entretienen por su lado en el estudio y en hablar de cosas serias. ¿Qué extraño es, pues, que él juegue con la carretilla? No veo por qué tienen que echárselo en cara como si se tratara de un crimen, y menos aún dejarlo solo, con peligro de que se hastíe de su trabajo y de la vocación.”<sup>7</sup>

El piadoso Fundador consideraba el gozo y la santa alegría como síntoma de vocación. “El que está alegre y contento -decía-, muestra que le gusta su santo estado, que se siente feliz en él y que no encuentra nada demasiado difícil.”

En cuanto veía a un Hermano joven triste y abatido, hacía todo lo posible para ayudarlo a combatir esa tentación.

Tenía un don y un tacto especiales para sacar a los Hermanos jóvenes de esta situación. Muchos Hermanos han comprobado, por propia experiencia, que bastaba un rato de conversación con él para que se desvanecieran sus pensamientos de tristeza y desaliento. Alguno ha llegado a afirmar que era suficiente verlo para librarse de esa molesta tentación.

Un postulante<sup>8</sup> de cualidades excelentes fue a ver al Padre, a los dos o tres días de su llegada, y le pidió retirarse, porque se aburría y creía imposible acostumbrarse.

- Efectivamente -le contestó el Padre-, ya me había dado cuenta de que sufría y no estaba contento. Para ser un buen Hermano hay que estar alegre y contento, y si no lo consigue, no le dejaré quedarse. Pero preferiría que no se retirase mientras esté triste, no sea que con ello se desanimen los postulantes de su pueblo que quieren venir. Dentro de unos días, si ya se le ha pasado el aburrimiento, y lo desea, podrá volver a casa de sus padres.

Luego añadió unas palabras graciosas y despidió al joven, que se fue muy satisfecho. Dos o tres días después, volvió el postulante.

- Padre -le dijo-, ya no me aburro tanto; me encuentro más tranquilo, así que me parece que puedo retirarme.

- Mi querido amigo -replicó el Padre-, ¿y por qué se va a marchar ahora si está contento? Ya lo ve, la tristeza que sentía no era más que una tentación. En vez de volver al mundo, donde es tan difícil salvarse, debería iniciar hoy mismo el noviciado. Si me hace caso, le garantizo que llegará a ser un excelente Hermano y salvará su alma.

- También yo lo he pensado -respondió el joven-; pero todavía me preocupan dos cosas: la primera, el temor de que, cuando no esté con usted, me asalte de nuevo el aburrimiento; y la segunda, los gastos que voy a ocasionar y que de nada servirán si luego no persevero.

- No tema -le dijo el Padre-, le prometo ocuparme de usted y no enviarle a las escuelas hasta que se encuentre totalmente satisfecho y consolidado en su vocación. Respecto al dinero, no va a tener gastos: si no llega a acostumbrarse y tuviera que retirarse, no le cobraré nada.

Y abriendo su escritorio, tomó el dinero del joven -doscientos francos- y poniéndolo aparte en un cajoncito, le dijo sonriente: "Aquí queda su dinero; no lo he tocado, ni nadie lo tocará; y si se marcha, se lo devolveré tal como me lo ha entregado."

Encantado por tal delicadeza, el postulante se fue muy satisfecho. Unos días después, volvió a ver al buen Padre, y radiante de gozo, le dijo: "Haga de mi dinero lo que guste, pues se me ha pasado totalmente el aburrimiento. Ahora sólo tengo un temor: el de no perseverar y hacerme indigno de la gracia extraordinaria que Dios me ha concedido llamándome a esta vocación."

\* \* \*

El mal carácter es uno de los mayores obstáculos para realizar el bien. El gozo, la santa alegría y la modestia son indispensables a los Hermanos para tener éxito con los niños. Efectivamente, para atraer a los niños, para captar su atención, hay que ser simpático.

Ahora bien, se gana su respeto y atención y se merece su confianza cuando se poseen cualidades sociales, como los buenos modales, la afabilidad, y un carácter alegre, abierto, sencillo, servicial, ecuánime y modesto.

"A todos resulta agradable -dice san Ambrosio<sup>9</sup>-el carácter bondadoso; y si va acompañado de amabilidad en los modales, de suavidad en el mando, de afabilidad y decoro en las palabras, de modestia y discreción en la conducta, es imposible expresar hasta qué punto cautiva los corazones." Por eso nada nos recomiendan tanto los santos como las cualidades sociales, indispensables para ser útil al prójimo cuando se quiere procurar su salvación. "Los siervos de Dios -dice san Agustín- deben ser modestos, graves, prudentes, afables, sin defecto ni tacha, para que cuantos los vean digan con admiración: quienes gozan de carácter así, no pueden por menos de ser hombres de Dios."

San Gregorio de Nisa, al hablar de las eminentes virtudes de san Melecio, patriarca de Antioquía, alaba especialmente su aspecto jovial, afable, modesto y digno, con el que cautivaba todos los corazones.

San Francisco<sup>10</sup> Javier escribía a uno de sus compañeros, a quien había enviado a catequizar a los paganos: "Que tus modales sean atractivos, llenos de alegría y serenidad, para que no seas de los que asustan y repelen a todo el mundo. Ya existe demasiada aversión por todo lo bueno, como para no intentar hacerlo fácil y agradable."

El mismo santo aconseja a los religiosos de la Compañía de Jesús que estaban en Cochín: "Evitad cuidadosamente en vuestra conversación esa gravedad exagerada que

da la impresión de que pretendéis atemorizar y buscar honores. Más bien mostraos abiertos y accesibles, con mucha alegría en el rostro y gran afabilidad en las palabras.”

San Vicente de Paúl<sup>11</sup> recomendaba lo mismo a los miembros de su congregación, y les decía: “Hay personas que, por su aspecto jovial, atraen y conquistan a quienes los ven; en cambio, otras, por su aspecto triste, ceño fruncido, rostro seco y arrugado, repelen y desconciertan.” Y añadía: “Un catequista debe esforzarse por conseguir modales atractivos y complacientes, que cautiven los corazones; sin eso no conseguirá resultado alguno y será como tierra árida, que sólo produce cardos.”

La convicción profunda de esta verdad llevaba al Padre Champagnat a luchar sin descanso contra los defectos de carácter. Estaba persuadido de que, si conseguía formar a los Hermanos en este aspecto fundamental, eliminaba con ello el mayor obstáculo a su éxito personal y al bien que estaban destinados a realizar entre los niños.

“Querido amigo –decía a uno de los primero Hermanos, que se sorprendía que le insistiera tanto en censurarle ciertos defectos exteriores, que no parecían demasiado graves–, si hubiera sido llamado a santificarse en una Trapa, me importarían menos sus defectos de carácter, pues reconozco que dañarían poco a su perfección y no le impedirían ser buen religiosos. Pero pueden ahuyentar a los niños, hacerles desagradable su presencia y por lo mismo ser un obstáculo al bien que usted puede realizar. Cuantos por vocación trabajamos en la santificación del prójimo, no nos basta con ser gratos a Dios por la pureza de intención, tenemos que agradar también a los hombres con un carácter amable, una conversación amena y un trato delicado.”

\* \* \*

En sus instrucciones, el piadoso Fundador insistía a menudo en este mismo tema:

“No me gustan –decía– los Hermanos que ahuyentan a los niños con sólo su presencia; pero considero muy aptos para hacer amar la religión a aquellos cuyo carácter alegre y modales afables y educados traslucen un corazón feliz y virtuoso. Para dar buen ejemplo a los niños y ganarlos para Dios, es indispensable auténtica piedad y virtud sólida; pero no basta. Se necesita, además carácter y modales agradables y atractivos. Ahora bien, el carácter más idóneo para realizar el bien es el que reúne las cualidades de alegre, abierto, atento, afable y constante. Pero no puede conseguirse ese carácter sin un corazón humilde, caritativo y respetuoso. La humildad y la caridad son origen y fundamento de todas la cualidades que cautivan y conquistan el afecto y el aprecio de los hombres.

Fijaos en que no sin razón coloco el respeto a los niños a la misma altura que la caridad y la humildad, pues, aparte de que naturalmente de ambas virtudes, nada es tan indispensable en educación –no sólo para el maestro, sino también para los alumnos– como el respeto mutuo. Entre vosotros, lógicamente, nadie duda del respeto que se ha de tener al maestro: todos queréis, exigís incluso, que vuestros niños os respeten, porque estáis convencidos de que no podríais educar a quien os niegue ese derecho. Pues bien, también os resultará imposible educar debidamente a un niño, si no lo respetáis. Pero, ¿por qué hay que respetar al niño? Os responderé:

1.º Porque queréis que él os respete también. En esto, como en todo, debéis cumplir primero lo que exigís a los demás.

2.º Porque el niño es semejante a vosotros; porque es como vosotros, hijo de Dios, miembro de Jesucristo y templo del Espíritu Santo.

3.º Porque es inocente, y la inocencia y la virtud son las cosas más dignas de nuestro respeto y veneración.

4.º Porque sólo por el respeto que le manifestéis y los buenos modales que empleéis con él conseguiréis su aprecio, confianza y afecto.

5.º Porque el respeto que le profeséis lo ayudará a cumplir su deber y a evitar la mayor parte de las faltas propias de su edad o inmadurez.

6.º Porque ese mismo respeto es para vosotros salvaguardia de vuestra virtud, baluarte que os protegerá de vuestra propia debilidad y de los peligros que podáis encontrar en la enseñanza y en vuestra relación con los niños.

7.º Porque ese respeto es el mejor freno para dominaros y serenaros en los momentos de enfado e irritación, y, por consiguiente, el medio más eficaz para evitar los malos tratos y los castigos o correcciones injustas o demasiado rigurosas.

8.º Porque sin ese respeto y sin la serena prudencia que deben guiaros siempre, el decoro, las atenciones, la afabilidad, mansedumbre y amabilidad que debéis usar con los niños, se convertirían en adulación ruin y culpable que os envilecería y os merecería su desprecio.

Si me preguntáis qué defectos son los más opuestos al respeto debido al niño, os responderé:

1.º La grosería y la dureza, y, como consecuencia, los malos tratos.

2.º La ligereza, que lleva a la falta de discreción y gravedad, a no medir el alcance de las palabras, y a decir y hacer tonterías que causan mala impresión en el niño.

3.º Toda familiaridad que induzca al niño a infringir las normas de respeto que debe a su profesor, o que le haga menos dócil y cumplidor de su deber.

4.º Las amistades particulares, el cariño excesivamente natural, las caricias y otras muestras de afecto que son sus secuelas. El Hermano que es excesivamente bonachón y se permite bajas familiaridades se envilece tanto como el que es duro, brutal y maltrata a los niños. Un maestro juicioso, celoso de su prestigio, consciente de su dignidad, y, sobre todo, deseoso de hacer el bien y evitar cualquier peligro, no toca nunca a los alumnos, ni para acariciarlos ni para corregirlos.

5.º La inconstancia en el trato con los niños y en los métodos pedagógicos. Cambiar de conducta con cualquier pretexto: castigar hoy y mañana tolerarlo todo; obrar ahora de esta manera, luego de la otra, es prueba inequívoca de que no se ha comprendido la importancia de la educación, ni los principios del éxito y de que se desempeña negligentemente el ministerio más noble y elevado.

6.º La debilidad de carácter que disimula los defectos del niño o que no se atreve a corregirlos. Pues permitir la indisciplina, los defectos, o dejarle hacer lo que quiera, no es amar ni respetar al niño. Tal actitud es indigna, especialmente en un maestro religioso, y contraria al respeto que se le debe al niño.

7.º Finalmente, uno de los defectos más opuestos al respeto debido al niño es la falta de dignidad, falta que lleva a permitirse multitud de cosas contrarias al respeto que uno se debe a sí mismo y que genere en el niño un concepto negativo de su profesor, que acaba en desprecio.”

Para mantener a los Hermanos en la ecuanimidad, para preservarlos de los arrebatos temperamentales y alejarlos de cuanto pudiera menguar el respeto que maestros y alumnos deben profesarse mutuamente, el Padre Champagnat prescribió esas normas tan prudentes, que prohíben a los Hermanos familiarizarse<sup>12</sup> con los niños, e incluso jugar con ellos, tutearlos, darles apodos<sup>13</sup> aflictivos. En otras normas no menos prudentes, prescribe a los Hermanos:

1.º Ser siempre corteses con los niños y educarlos en los buenos modales más con el ejemplo que con las palabras<sup>14</sup>.

2.º Aplazar hasta el día siguiente<sup>15</sup> el castigo de las faltas graves para que la corrección se haga con serenidad y justicia, caridad e indulgencia.

3.º Levantar el corazón a Dios cuando tenga que castigar a los niños, llamarles la atención o reprenderlos.

El objetivo de estas normas e instrucciones del piadoso Fundador no era sólo preservar a los Hermanos de cualquier exceso de severidad, sino también hacer de la escuela una familia por el respeto, amor y confianza que deben reinar siempre entre maestros y alumnos.

- 
- ◆
- <sup>1</sup> El pasaporte de fecha 22 de agosto de 1836 señala: talla, 1,79 m; cabello, castaño; frente, despejada; ojos, grises; boca, regular; rostro, alargado; tez, pálida (cfr. AFM, 140.06).
- <sup>2</sup> El Hermano Silvestre deja constancia de la impresión que le causó “su estatura elevada y majestuosa, su actitud bondadosa y grave al mismo tiempo, el rostro que imponía respeto, las mejillas enjutas, los labios finos que esbozaban una sonrisa, la mirada penetrante y escrutadora, la voz potente y sonora, la dicción clara de su palabra, sin laconismos ni prolijidad...” (MEM, pág. 84).
- <sup>3</sup> Se trata del Hermano Silvestre, autor de las Memoires (MEM, pág. 90).
- <sup>4</sup> Texto basado en PPC, parte segunda, tratado VI, cap. 1, “De los graves males de la tristeza”.
- <sup>5</sup> Texto inspirado en PPC, parte segunda, tratado VI, cap. 6, “De la alegría que proporciona una buena conciencia”.
- <sup>6</sup> “Después del almuerzo, si no tuvieran que atender a los niños, los Hermanos tomarán juntos el recreo en la huerta. Pueden ocuparse también en el cultivo. Lo mismo harán después de la clase de la tarde” (Regla de 1837, cap. II, art. 27, pág. 23).
- <sup>7</sup> Se trata asimismo del Hermano Silvestre (AA, págs. 109-111).
- <sup>8</sup> Se trata del Hermano Fermín, que falleció a la edad de 73 años (CSG XIII, pág. 325 y Reseñas necrológicas, vol. 2, pág. 72).
- <sup>9</sup> SAN AMBROSIO, De Officiis Ministrorum, 2.7, PI 16.118 C.
- <sup>10</sup> SAN FRANCISCO JAVIER, “Instrucción para el Padre Barzeo, que había de ir a Ormuz”, Goa, abril de 1549. BAC 101, 323
- <sup>11</sup> L. ABELLY, La vie du Vénérable Serviteur de Dieu, Vincent-de-Paul, libro III, cap. XII, pág. 194. Florentin Lambert, París, 1664.
- <sup>12</sup> “Bajo ningún concepto hablarán nunca en privado con un niño” (Regla de 1837, cap. V, art. 22, pág. 44). “No se permitirán familiaridad alguna con ellos, como tomarlos de la mano, u otra cosa parecida” (Regla de 1837, art. 23, pág. 44).
- <sup>13</sup> “Un Hermano jamás tuteará a nadie, ni siquiera a los niños, y nunca pondrá motes” (Ibíd., art. 4, pág. 38).
- <sup>14</sup> Carta al Hermano Bartolomé, de 31 de enero de 1830: “Veo también que tiene muchos niños, de modo que tendrá otras tantas copias de sus virtudes, pues los niños se modelan sobre las personas de sus educadores y acomodan su comportamiento a sus ejemplos” (LPC 1, doc. 14, pág. 53).
- <sup>15</sup> “No castigarán las faltas graves hasta el comienzo de la clase siguiente. Pueden empezar por mandar al culpable que aprenda unas cuantas líneas” (Regla de 1937, art. 20, pág. 43)